



# HIELO ROJO

JULIA DE LA FUENTE

# HIELO ROJO

Julia De la Fuente

© Julia De la Fuente, 2019.

Twitter: @JuliaDlafuente

Instagram: julia\_delafuente\_

Composición de cubierta: Alicia del Rey.

[alicia.delreylopez@gmail.com](mailto:alicia.delreylopez@gmail.com)

Instagram: lallavedeavril

# I

Pasada la media noche, Aila se removía inquieta bajo las pieles. Un cuervo le arrancaba la carne del dedo a picotazos. El dolor la despertó.

Observó su aliento convertido en vaho. Tras esa cortina de bruma, muy quieto, observándola con aquel ojo tan negro que parecía una cuenca vacía, estaba el intruso de sus sueños. Su plumaje parecía atrapar la escasa luz de luna que se colaba a través de los resquicios del techo.

El lecho de juncos secos que cubría el suelo le hacía cosquillas en la mejilla. Parpadeó. Él seguía ahí. Mirándola. Posado junto a su mano extendida, al mismo nivel que su rostro, le pareció enorme.

Una gota de sangre escurrió desde su dedo índice, perdiéndose entre los tallos. El pájaro tenía el pico manchado, igual que el de su pesadilla.

La puerta de la cabaña se cerró de golpe y la niña se incorporó. Su padre no estaba; en su lugar, una ráfaga de aire helado.

No le habría extrañado tanto si no fuera porque las últimas ascuas de la lumbre resplandecían reflejadas en el filo de su hacha como un reguero de muerte.

‘Un vikingo jamás sale de casa sin su hacha’ —solía repetir y su hija nunca lo había visto incumplir aquella máxima.

Tal vez la hubiera olvidado. La agarró con sus pequeñas manos y salió tras él.

Dio un respingo cuando el aleteo del cuervo escapando por la puerta abierta a su espalda la sobresaltó.

Fuera la recibió una fría bruma gris entre la que le pareció distinguir la robusta figura de su padre: caminante solitario sorteando las granjas dormidas.

Un copo de nieve besó sus pestañas y Aila parpadeó. Cuando volvió a mirar, ya no estaba.

—¡Papá! —El sonido de su voz rasgando el sepulcral silencio la asustó. Como si, una vez quebrado, fuera a caer sobre ella convertido en punzantes cristales. Echó a correr.

—Papá —lo llamó con un suspiro de alivio cuando consiguió alcanzarlo.

El hombre no se giró. Continuaba andando con largas zancadas que a la niña le costaba igualar.

—Tu hacha. —Se la ofreció tras plantarse delante con una nueva carrera.

Él ni siquiera le dedicó un vistazo. Una desagradable sensación le reptó por las entrañas al descubrir que tenía el semblante inexpresivo y la mirada

nublada.

—¿Papá?

Sin el brillo siempre socarrón en los ojos y su sonrisa afable, parecía un extraño escondiéndose tras el rostro robado de su padre. No se atrevió a tocarlo cuando, envuelto en un rastro frío, pasó a su lado sin dar muestras de reparar en ella.

Se había quedado sola sobre la ladera, en la linde del bosque. Desde allí podía observar su poblado, apiñado alrededor del embarcadero. Las aguas del fiordo eran una densa capa oscura que fagocitaba la tierra. La niebla que emergía de ellas cubría los tejados, desdibujándolos. La nieve acallaba sus sonidos. Y, por primera vez, su hogar se le antojó extraño y amenazante.

Daba la sensación de irse alejando envuelto en la ventisca. Demasiado lejos como para volver. Así que Aila se sacudió de encima las dudas y se internó en la arboleda en busca de su padre, dispuesta a no regresar sin su compañía protectora.

Perdida entre la maleza, un aullido le arrancó el manto silencioso que la había acompañado. La angustia que se columpiaba en sus tripas estalló. Abrazada al hacha como si de ella dependiera su vida, corrió sin rumbo entre árboles retorcidos, raíces que jugaban a enredarse con sus pies, haciéndola trastabillar, y sombras cambiantes que la cercaban con sus aullidos, cada vez más numerosos.

Podía ver ya el final de la espesura cuando tropezó, cayendo de bruces sobre unas afiladas rocas negras que le hirieron las manos y las rodillas. Postrada entre ellas, el brillo blanquecino del lago captó su atención. Las sombras parecían replegarse a su alrededor.

Sobre su superficie helada, la mujer más hermosa que jamás hubiera contemplado se llevaba a los labios una rolliza manzana. De largos cabellos claros recogidos con elegancia y piel pálida; ataviada con joyas, aterciopeladas pieles sobre sus hombros y un vestido azul, a Aila le pareció una princesa perdida. Nunca había visto tanta riqueza. Pero había algo letal en su belleza que a la niña le hizo removerse con desconfianza.

Reparó entonces en el hombre tendido a sus pies. Tenía los ropajes rasgados, dejando al descubierto un torso fornido cuajado de líneas rosadas, cicatrices de innumerables batallas.

Aila se inclinó a un lado entre las piedras que la parapetaban para poder descubrirle el rostro y su padre le devolvió una mirada vacía.

Por primera vez en su vida, le pareció vulnerable y no el guerrero

invencible que siempre estaría allí para protegerlas a su madre, a la pequeña Liv y a ella.

Se preguntó por qué no se levantaba para ir a su lado, por qué no se movía, por qué el hielo bajo su cuerpo se teñía de rojo. La comprensión le estranguló la garganta impidiéndole gritar: lo que la misteriosa mujer sujetaba en su mano, aquello que ahora lamía con placer, no era una manzana. Era un corazón humano.

Con el pulso atronándole en los oídos, retrocedió, incapaz de apartar la vista de su padre asesinado. Una ramita crujió bajo su peso, cortándole la respiración. Paralizada, volvió a mirar a aquel monstruoso ser preguntándose si la habría descubierto. Chilló. Un enorme lobo, tan negro como los abismos del fin del mundo, había surgido sobre las rocas. Sus fauces se abalanzaron sobre ella y Aila resbaló hacia atrás.

Se abrazó al animal que se le echaba encima y rodaron juntos. Alguien le dio una patada y Aila abrió los ojos.

Amanecía en el interior de su cabaña y, agarrada a las pieles con las que se protegía del frío como si pretendiera estrangularlas, en su forcejeo había ido a echarse sobre su hermana Liv que, molesta por el brusco despertar, intentaba sacársela de encima a manotazos.

Aila suspiró aliviada, calmando sus acelerados latidos. Tan solo había sido un sueño. Hasta que reparó en que sus ropas estaban húmedas y sus manos llenas de arañazos. En el dedo índice todavía le dolía el pellizco de un picotazo.

—¿Dónde está papá?

Tan solo el silencio supo contestarle.

Aquella primavera, tras los deshielos, encontrarían su cuerpo atrapado en las redes de un pescador.

## II

### DIEZ AÑOS DESPUÉS

La muchedumbre se congregaba junto al puerto. Los tambores hacían vibrar el poblado tanto como la excitación que animaba los corazones de sus moradores. Pronto descenderían las temperaturas; los hombres regresaban de sus incursiones estivales, más ricos y con nuevas historias que contar. Otro año, la larga espera llegaba a su fin. Habría bebida y un banquete en la gran casa comunal.

Algunas muchachas con los cabellos adornados con coronas de flores danzaban en corros y daban palmas. La risas nerviosas se mezclaban con los llantos de los recién nacidos que aguardaban para conocer a sus padres. La propia Aila había acudido allí en el pasado cogida de la mano de su madre, esperando que las aguas le devolvieran al suyo. Aquel día era a otro guerrero, tan osado y fuerte como él lo fue, al que había ido a recibir.

Su abuela Zuvala era una *völva*, nacida con el don de poder escuchar la voz de los dioses y de interceder ante ellos por los mortales. Era la mujer más sabia del lugar. También la más respetada, a medio camino entre la admiración y el miedo.

Se había dibujado runas sobre el rostro y los brazos desnudos con un barro rojizo que simbolizaba la fertilidad y la seguridad de la tierra firme. Subida a una roca de cara a la estrecha boca del fiordo, agitaba dos pequeñas calabazas huecas con huesecillos de pájaro en su interior, balanceándose al son del mantra gutural que entonaba. Las caracolas y los cráneos de pequeños animales colgados de las trenzas de su pelo tintineaban al entrechocar. Invocaba a los vientos benignos y amansaba las olas. Aila unió su garganta para ayudarla, pisoteando la tierra al ritmo de los golpes que se daba contra el pecho.

Ambas callaron de súbito cuando se les sumó una voz inesperada. El bosque aullaba y a Aila la recorrió un escalofrío. Aquellos aullidos resultaban desgarradores e inquietantes. Contenían una nota maligna que, por desgracia, ya había oído una vez. Hacía mucho tiempo, en una lejana pesadilla.

Sintió un frío húmedo lamiéndole la piel, sorbiendo su sangre para arrancarle el calor. Se abrazó los hombros. Le pareció que una ligera bruma descendía por las laderas, como una horda de guerreros enemigos cercando su diminuto hogar. Fue entonces cuando el aire le trajo una melodía. Como una canción de cuna sin palabras, la envolvió en serenidad. Relajó los brazos,

olvidándose del frío, del miedo. La mecía como las aguas de su tranquilo mar cuando el sol las calentaba. En su seno podía sacudirse cualquier preocupación. Resultaba tan agradable... Dejarse llevar...

Un nuevo aullido rasgó aquella ilusión, devolviéndole la angustia y el viento que raspaba sus mejillas. Miró interrogante a su abuela. La expresión de espanto que brillaba en sus ojos, siempre serenos y seguros, la asustó.

Zuvala le agarró el rostro mientras la examinaba con inquietud.

—Tú también la has oído —afirmó más que preguntó.

Aún apresada entre sus manos, Aila asintió.

—Tienes el don. —Su susurro sonó a condena, a un pesar largo tiempo llevado en soledad. Le tapó las orejas—. ¡No la escuches! Es peligrosa.

—¿Qué quiere?

Su abuela le echó un vistazo al embarcadero y suspiró.

—Como todas nosotras, ella también espera el regreso de los hombres.

—Mi padre...

La voz de Aila sonó estrangulada. No había compartido con nadie lo que vio la noche de su desaparición. Sin embargo, no parecía que Zuvala necesitara ser informada.

—Su apetito jamás se sacia —fue cuanto respondió.

Alguien cogió a Aila por el brazo, arrancándole un respingo.

Aun siendo mayor que ella, Alf seguía teniendo la expresión de un niño. Un niño de sonrisa torcida.

—Los barcos, los barcos. ¡Ya llegan, Aila! —Rebuznó una carcajada y comenzó a dar saltos descoordinados—. ¡Ya llegan, ya llegan! Son tan pequeñitos... ¡Volad, volad! —Batiendo los brazos como si de alas se tratasen, les animaba a acercarse a las alargadas siluetas que comenzaban a divisarse entre la bruma.

—Pero... ¿se mueven ellos o nos movemos nosotros? —Se sujetó la cabeza mareado—. Estamos cada vez más cerca. ¡No tan rápido, que me voy a caer!

Aila le echó un brazo por los hombros para ayudarlo a sostenerse y él le sonrió. No todos lo trataban bien. Fuera donde fuese, siempre alguien lo empujaba gruñéndole que se quitara de en medio. Por eso, Alf sabía agradecer los gestos amables. Supuso que a la mañana siguiente le entregaría como presente una flor ya marchita tras aplastarla en su puño, aunque hubiese olvidado por qué se la debía.

Sin avisar, emprendió la carrera hacia los barcos, retorciéndose las



manos nervioso entre el griterío. Tal vez en esa ocasión le dejaran arriar una vela o sostener un escudo. Aquello le haría muy feliz.

Aila dejó de pensar en Alf, incluso en los lobos y la advertencia de su abuela cuando entre la multitud vio destacar la figura fornida de Thorik. Se echó a sus brazos y confió en que sus besos espantaran cualquier frío.

Habían prometido casarse a su vuelta.

### III

No obstante, no encontró en su cuerpo el calor que tanto había añorado. Thorik se mostró distante durante la velada, rehuendo incluso su contacto. No parecía feliz de su reencuentro y aquello le escocía en el estómago. Se cuestionó si se trataría de aburrimiento o más bien de que en las tierras abordadas había gozado de otra compañía. Mordiéndose los labios, se tragó las ganas de abofetearlo. En medio del festejo, delante de todos, no era el mejor momento para interrogarlo al respecto. Ya tendrían tiempo de hablar en privado.

Sin ánimo para celebraciones, Aila regresó a casa. La noche había caído. En contraste con la algarabía y las hogueras que dejaba a su espalda, el camino estaba silencioso, oscuro y solitario.

Avanzaba a buen ritmo con pasos airados y la mente nublada por la furia y el alcohol. Perdida en sus rabiosos pensamientos, no se percató de que el frío acechaba y una sombra se cernía sobre la suya. Sigilosa, se arrastraba sobre el suelo embarrado por la lluvia, con la vista clavada en su presa. Un reguero de saliva escurría por su boca.

La puerta de una cabaña se abrió tras ella en el instante preciso y las llamas del hogar hicieron titilar ante Aila la silueta de un enorme cuadrúpedo abalanzándose sobre su espalda. Se apartó justo a tiempo y se giró dispuesta a defenderse sacando el rudimentario cuchillo que llevaba al cinto.

—¡Alf!

—No soy Alf, soy un chucho —negó divertido antes de ponerse a ladrar, todavía a cuatro patas.

—¡Alf, levántate ahora mismo! ¡Mira lo sucio que te has puesto!

Malhumorada, tiró de él para incorporarlo. Le restregó su propia manga contra la cara para limpiarle la boca. Solía llevarla rodeada de babas en cuanto se descuidaba.

—No estás enfadada, ¿verdad, Ailita? Quería darte un susto. Pero solo era una broma. Te he visto triste y quería hacerte reír. Seguimos siendo amigos, ¿verdad, Ailita? ¿Me vas a pegar?

—No, Alf, no te voy a pegar. Te perdono.

El chico se quedó rígido, moviendo la cabeza hacia todos lados como si buscara algo y Aila resopló. No le apetecían sus estúpidos juegos, tan solo acurrucarse en su lecho a rumiar su enfado.

—¿Oyes esa canción, Ailita? Es... es... Me está llamando.

Sonrió embobado dejando caer los hombros.

—Sí, sí, Alf. Muy bonita la canción. —Le dio unas palmaditas en la espalda—. Venga y ahora vuelve con tu madre, que es tarde.

Sería conveniente acompañarlo a casa. No era la primera vez que se distraía por el camino. Pero no lo hizo.

## IV

Lo que Aila no sabía era que, en el viaje de vuelta, Thorik había recibido en sueños la visita de una mujer de piel pálida y cabellos claros, ataviada como una princesa. Con más viveza según se acercaban al hogar, le prometía riquezas y placeres entre caricias. Sus labios eran una jugosa fruta roja que destacaba sobre su níveo rostro de facciones perfectas. Quería morderlos para probar su sabor mientras ella le susurraba que lo había elegido por ser el guerrero más bravo de todos.

Y como Aila jamás lo habría adivinado, un cuervo fue a contárselo mientras dormía.

Soñó con el cuerpo de Thorik tendido sobre el lago helado mientras un pájaro negro picoteaba su pecho, devorándole el corazón. El ave se giró para mirarla con ese ojo oscuro que parecía capaz de absorber el mundo entero y un graznido la despertó.

—¡Thorik!

Había presenciado una escena similar en otra ocasión y no estaba dispuesta a dejar que se repitiera. Salió corriendo de casa. Llegó al límite del poblado y cruzó el bosque. Ya había realizado ese trayecto antes con la misma sensación de que algo andaba mal estrujándole el vientre.

En la semipenumbra, las ramas le azotaban el rostro al pasar y se enredaban con su pelo. Apartándolas a manotazos, con la respiración acelerada, se alzó al fin sobre las rocas negras que bordeaban el lago. Oscuro, silencioso y, para su sorpresa, vacío.

Las piedras estaban resbaladizas, así que las sorteó despacio, hiriéndose las manos con sus aristas. Cuando puso el primer pie sobre el hielo, un crujido quebró la quietud del lago, volviendo incluso todavía más oprimente la ausencia de sonido al apagarse. Pero resistió y Aila se animó a continuar. Con cuidadosos pasitos cortos, conteniendo el aliento, se situó donde años atrás había contemplado a su padre sin vida. Giró en redondo, escudriñando entre la bruma. No había nadie allí.

Aliviada, se permitió una carcajada por sus estúpidos temores. Al instante se convirtió en un grito cuando tiraron de su pie hacia abajo. Se dio de bruces contra la superficie escarchada mientras las aguas le lamían la pierna como frías culebras. Se había hundido hasta medio muslo en el agujero que bajo su peso acababa de abrirse. Reptó, alejándose del boquete.

A salvo, se tomó unos segundos para recuperarse del susto. Descansó la

cara sobre el hielo. Sus latidos le retumbaban en la garganta. Inspiró con fuerza. Al exhalar, bajo el vapor de su aliento se dibujaron unos ojos que, desde el otro lado, la miraban fijamente. El rictus congelado en una mueca de horror. Tuvo el tiempo justo de comprender que estaba tumbada sobre otro cuerpo antes de que el hielo se rompiera.

Aila cayó sobre el cadáver. Ciega en la oscuridad de las aguas, notó cómo sus brazadas nerviosas chocaban contra sus miembros rígidos. Las manos blancas se alargaban hacia ella. Sintió que sus dedos se le enredaban en el pelo. Un nuevo grito salió de su boca convertido en un torrente de burbujas que le robaron el poco oxígeno del que disponía. Ajena a los peligros que pudieran acecharle desde las profundidades, pataleó con energía para ascender.

Sorbió una profunda bocanada de aire y clavó las uñas en el hielo que aguantaba firme. Luchando por liberarse de aquel pozo lleno de espectros, lo arañó quemándose los dedos, que comenzaron a dejar surcos escarlatas.

En su desesperado forcejeo, le dio una patada al cuerpo muerto. Reprimiendo las ganas de apartarse, colocó ambos pies sobre su pecho y se impulsó sobre él, consiguiendo auparse a la vez que lo hundía en la negrura del abismo.

Con las ropas empapadas, corrió ya sin reparo hasta alcanzar tierra firme, donde se detuvo para limpiarse las lágrimas que entorpecían su visión. Le temblaban las manos. Había reconocido su cara. Alf ya nunca volvería a regalarle flores marchitas, como la que aún aferraba bajo el hielo. Un presente para quien había ido a buscar allí.

Consumida por la pena y la culpa, presa de una violenta tiritona, tropezó entre las rocas, raspándose las rodillas. Un brillo captó su atención. Ahogó una exclamación. No podía ser.

Agarró una piedra y golpeó con ella una y otra vez el hielo formado en una grieta entre los peñascos. Al astillarse se le clavaba en los dedos, ya de por sí ensangrentados y ateridos, pero no le hizo caso al dolor. Continuó quebrándolo hasta liberar el hacha de su padre, el hacha que ella misma había dejado caer allí la noche de su muerte. Llevaba todos esos años aguardándola.

Empuñar su mango consiguió calmarla. Cesó su llanto y, como si le hubiese ofrecido el calor que tanto necesitaba, también sus temblores. No era momento para lamentaciones. Era el momento de ser fuerte. Por Alf no había podido hacer nada, igual que por su padre, pero aún podía salvar a Thorik.

## V

Con el hacha en ristre, emprendió el regreso. Los pinos, altos guardianes del bosque, permanecían impassibles, envueltos en un silencio que retumbaba vacío en sus oídos y le ponía los pelos de punta. Solo la muerte era tan silenciosa. O el enemigo acechante segundos antes de atacar. Los rayos de luna bailaban sobre los carámbanos colgados de las ramas. El bosque le sonreía con largos colmillos dispuesto a devorarla.

Un aullido vibró en el aire y Aila se apartó de un salto cuando una rama cayó a su lado vencida por el peso de la nieve. Los carámbanos estallaron en brillantes esquirlas que besaron sus pies. El enemigo acababa de lanzar su primer aviso. Corrió aún más rápido. Aquel laberinto de troncos negros, provistos de ramas rotas puntiagudas como puñales y flechas de hielo que se precipitaban desde las alturas parecía reordenarse a cada paso para impedirle salir de allí.

Cuando llegó al poblado, algo crujió bajo sus pies. Retrocedió. Un reguero de escarcha circundaba el lugar, marcando su territorio. Un límite que no debía franquearse. Y todo territorio tiene sus centinelas: cuando Aila cruzó la frontera, los aullidos fueron en su busca. Nunca habían sonado tan cerca. Nunca había tenido tan claro que iban a por ella.

Unas nubes oscuras ocultaron la luna y Aila trató de despistarlos zigzagueando por los estrechos caminos entre las cabañas. Casi podía sentir sus húmedos alientos cercándola. Oía sus garras arañar el suelo, espoleándola a forzar las piernas, por más que el barro la hiciera trastabillar y sus pulmones pidieran una pausa. Ya ni tan siquiera se molestaba en intentar acallar sus agónicas respiraciones. ¿Para qué? Si podían oler su miedo reptándole por la columna, erizándole el vello cada vez que una sombra le salía al paso y se veía obligada a girar bruscamente.

Divisó la casa de Thorik. Con un último acelerón desesperado se precipitó dentro y cerró la puerta a su espalda justo cuando dos lobos se le echaban encima. Resistió el impacto apoyada contra ella. Podía sentirlos al otro lado, arañándola, pretendiendo alcanzar su carne. Soltó el hacha para encajar el travesaño de madera a modo de seguro.

Se apartó. Las fieras cargaban una y otra vez contra la puerta, combándola hacia dentro sin dejar de gruñir. Sus hocicos luchaban por colarse entre las rendijas, salivando ante la cercanía de una presa que no podía hacer más que retroceder sin escapatoria posible. Veía sus dientes morder el aire y

sus ojos brillar enloquecidos. Uno comenzó a escarbar bajo el dintel, arrancándole aquel refugio de seguridad a puñados de tierra. No tardarían en echársele encima.

En el centro de la estancia la lumbre agonizaba. Aila le dio una patada y las ascuas salieron despedidas. El animal gimió al quemarse las patas. Temerosos del fuego, se marcharon.

Suspiró y se volvió hacia Thorik, tumbado bajo sus pieles.

—Thorik —lo llamó con cariño, yendo a echarse junto a él con una sonrisa, contenta de encontrarlo a salvo.

Aila reparó en el reguero de sangre justo cuando una dentellada volaba hacia su rostro. Cayó hacia atrás, quedando tendida en el suelo. Lo que había tomado por su silueta dormida en verdad no era ni hombre ni pieles, sino un enorme lobo negro que devoraba tranquilo un cabritillo robado.

Ahora tenía una presa mayor.

Sin tiempo para levantarse, reuló sobre la tierra cuando la fiera avanzó entre amenazantes gruñidos con el hocico arrugado para mostrarle todos los dientes manchados.

Se detuvo. No podía continuar. Tras ella, las ascuas incandescentes rociaban el suelo, titilando como pequeños corazones cuyo pulso de luz roja se extinguía. Sus dedos palparon algo metálico a su lado.

Aguantando el dolor, agarró un puñado de ascuas con la mano izquierda y se las lanzó a los ojos. El animal se sacudió. Aprovechando esos segundos de distracción, se puso en pie enarbolando el hacha de su padre justo cuando el lobo se disponía a devolver el ataque. La sangre le salpicó la cara y la cabeza decapitada rodó por el suelo.

Sin permitirse saborear aquella victoria, se puso en marcha. Descubrió que en la misma puerta nacía un reguero de escarcha que brillaba bajo la luna. Lo siguió hasta uno de los graneros. Tomó aire para infundirse valor frente a lo que la estuviera esperando allí.

Dentro, Thorik intercambiaba besos ansiosos con una mujer que, por desgracia, conocía demasiado bien. Era la asesina de su padre.

Sus uñas arañaban juguetonas el pecho desnudo del guerrero. Se volvió hacia la intrusa y, por un instante, Aila se quedó sin respiración cuando sus ojos se le clavaron cortantes como el hielo. Sintió que una garra gélida le oprimía el corazón. Con un grito con el que pretendía liberarse de su hechizo, le lanzó el hacha.

El arma cortó el aire y quedó clavada en la pared del fondo. La mujer

había desaparecido.

—¿Qué has hecho?! —le increpó Thorik enfadado, que giraba sobre sí mismo buscándola con la mirada.

—Acabo de salvarte la vida.

—¿Salvarme? ¿Tú crees que quería que me salvaras? —repuso burlón—. Mírate: llevas sangre en la cara, las ropas tiesas y manchadas de barro...

Sus palabras y su mirada despectiva consiguieron hacerla sentir sucia e insignificante.

—¿Has venido aquí con ella? —Aquella pregunta reflejó su dolor. Al contrario que su padre la última vez que lo vio, Thorik parecía muy consciente de cuanto decía y hacía. Ninguna bruma nublaba sus ojos.

—Los dioses me la prometieron en sueños. Me mostraron que reservan para mí un destino más glorioso que desposar a una simple granjera. Es un regalo de Odín por mi bravura en el combate.

—¿Y ella qué te ha prometido?

—Vivir en su palacio, rodeado de riquezas. E infinitos placeres.

—Alf ha muerto —anunció.

—Por fin una buena noticia para él.

Thorik agarró su brazo cuando intentó abofetearlo. Lo sostuvo en alto, demostrándole que era mucho más fuerte. Se retaron con la mirada.

—Ella lo ha matado. Igual que mató a mi padre. Es una bruja.

Thorik rio de nuevo.

—Aquí la única bruja que hay es tu abuela. Puede que tú también lo seas. —Era la primera mujer de su línea sucesoria directa. Sabía lo que la gente comentaba al respecto—. Se rumorea que por la noche la visitan los dioses y usan su cuerpo como se les antoja, igual que el señor que posee a su esclava. Dime, Aila: ¿a ti también te visitan los dioses?

Se soltó de un tirón.

—Soy más que una simple granjera. —Astilló la pared al arrancar el hacha—. Soy la hija de un vikingo —se despidió dejando caer la tira de cuero que Thorik le había regalado a modo de brazalete. Su compromiso quedaba roto.



## VI

La morada de Zuvala estaba excavada en la propia ladera, apartada del resto, cerrada con piedras que la hierba cubría, camuflándola con la colina. Aquella mañana, una silueta se recortó contra la luz en la estrecha apertura y la anciana dio un respingo cuando su nieta dejó caer el cuerpo del lobo decapitado a sus pies.

—No son lobos normales. —La decisión afilaba su mirada igual que el tono tajante sus palabras, que casi sonaban a acusación.

Zuvala apenas había levantado la vista de la figurilla que estaba tallando. Suspiró antes de romper su silencio.

—Descienden de Fenrir, el sanguinario lobo hijo de Odín.

—En el embarcadero me preguntaste si yo también podía oír la canción. ¿Y tú? ¿La oíste la noche que tu hijo, mi padre, fue asesinado? ¿O anoche, cuando el muchacho más inocente de todos acabó bajo el lago?

El rostro de Zuvala seguía mostrándose esquivo, inclinado sobre su labor.

—Es un ser oscuro muy por encima de mi poder. Enfadarla solo empeoraría las cosas.

Aquella era toda la confirmación que Aila necesitaba. Un sentimiento de traición, una admiración rota.

—Pues si tú no piensas hacer nada, lo haré yo.

Llevaba el hacha al cinto. Se había levantado temprano para volver a pulir la hoja y fabricarle un mango nuevo; borrar el paso del tiempo. No iba a permitirse ningún fallo.

Zuvala se puso en pie para quedar frente a frente y Aila habría aceptado la compresión que le ofrecían sus ojos si no viniera envuelta de derrota.

—Fue una princesa —le explicó—. Rica y hermosa. Sin embargo, eso no evitó que su amado la traicionara. Rota de dolor, se arrancó el corazón. Pero su madre, una gigante de los glaciares, le creó uno de hielo para salvarla de la muerte.

—Déjame adivinar: después fue a arrancarle el suyo a aquel que la había traicionado.

—Pero no fue suficiente. Necesita más para seguir sobreviviendo, para contrarrestar el frío de su pecho. La suya es una venganza eterna. —Meneó la cabeza—. No se marchará hasta que consiga lo que ha venido a buscar. Deja que se lo lleve, Aila. No despiertes su furia. No merece la pena. Él menos que

ninguno. —Su opinión respecto a aquel compromiso había estado siempre clara. A continuación, algo que solía repetirle—: Thorik no es tu padre. No puedes salvarlo ni traerlo de vuelta.

Ella se sacudió de encima las manos que había colocado sobre sus hombros.

—No. Pero tú, madre y Liv todavía estáis vivas. El poblado entero lo está. ¿No lo entiendes? Esto ya no es por Thorik. Va a venir a por mí. Me lo dijeron sus ojos. Y a por las personas que quiero. Voy a luchar por vosotras. Por que ninguna niña vuelva a quedarse huérfana en mitad de la noche.

Zuvala negó con la cabeza pero no dijo nada. Aila señaló con el mentón al lobo.

—Quiero que me hagas un manto con la piel. Lo llevaré sobre los hombros, donde ella pueda verlo. Debe saber que no le tengo miedo.

—No puedes vencerla, Aila.

—Pero puedo intentarlo. ¿Qué vas a hacer tú?

## VII

Aila cuidaba la puerta de su hogar cuando Zuvala se presentó poco antes del atardecer con lo que le había pedido. Le traía también un collar del que colgaba el cráneo de un cuervo, como el que ella misma llevaba. Aila se agachó para que se lo pusiera y su abuela le dio un beso en la frente, ofreciéndole su bendición. Después pasó al interior de la casa.

Aila había vuelto a hablar con Thorik para ofrecerle su protección. Él se rio de nuevo. Aun así, fiel a su palabra, Aila lo esperó hasta que el sol comenzó a ocultarse. Mirando al cielo, suspiró y aceptó que no iba a ir; había tomado su decisión.

Se giró hacia la cabaña; ya tenía dentro a todas las personas que le importaban, aquellas por cuya seguridad iba a luchar.

Comenzó con los preparativos.

Llevó un carnero a la parte de atrás. Con unas sencillas palabras, le ofreció su vida a los dioses a cambio de protección para su familia y pericia en la batalla para ella. Le rebanó el pescuezo con un puñal y su sangre escurrió por el surco que había cavado rodeando la granja. Un anillo protector.

Pasó los dedos índice y corazón mojados de sangre sobre su rostro, trazando dos líneas paralelas a ambos lados de la nariz y sobre los labios, desde la frente hasta el nacimiento de las clavículas bajando por la garganta inclinada hacia atrás. Notó cómo la piel se le erizaba con aquella caricia cálida.

Por último, clavó la cabeza del lobo, congelada en una mueca amenazante, en una pica. Una advertencia para futuros intrusos. Se echó su pelaje sobre los hombros y, con el hacha y el escudo de su padre, se sentó a esperar a la intemperie, sentada en un tocón, aguardando la voluntad de los dioses.

A media noche, un cuervo se posó ante ella. Había llegado el momento. Se puso en pie y el pájaro echó a volar.

En aquella ocasión, ningún aullido la asustó y el bosque en calma le abrió paso mientras seguía el camino de escarcha que la guiaba. Ni ramas ni raíces se atrevieron a retenerla. Alguien la esperaba.

Cuando llegó al lago, ella ya estaba allí, rodeada de su peludo séquito. Había algo en su etérea presencia que invitaba a embobarse observándola mientras el frío iba calando en los huesos hasta quedar convertido en estatua

de hielo. Aila sacudió la cabeza para romper el hechizo y, antes de que pudiera desaparecer, lanzarle a sus lobos o engatusarla con otros de sus trucos, se subió a las rocas para quedar bien visible y le apuntó con su hacha.

—¡Te reto a un duelo cuerpo a cuerpo! ¡Sin magia!

La bruja asintió con una sonrisa y en el solemne silencio impuesto, Aila notó como una fuerza las vinculaba. Un juramento irrompible. Lástima no conocer los términos precisos.

Caminó hacia ella. Conforme se acercaba, sus bestias le cerraban la retaguardia, ordenándose en círculo alrededor de ambas contrincantes.

—Aila, cazadora de lobos —la saludó dedicándole un vistazo a la capa que abrigaba sus hombros. Luego torció la sonrisa en un gesto despectivo—. La granjera. ¿Por qué quieres que luchemos? ¿Por el corazón de un hombre que ya no te pertenece?

—No. Él es libre de elegir. Lucharemos por mi poblado. Si yo gano te marcharás y no volverás a molestar a sus gentes jamás.

—¿Y si pierdes? —Sus ojos eran punzantes como el hielo e igual de gélidos.

—¿No te has encargado ya de decidirlo tú?

Ella volvió a sonreír y Aila se estremeció ante el tacto frío de sus dedos cuando le agarró la barbilla para estudiar su rostro.

—Tu padre me habló de ti.

—Mi padre no habló en absoluto —contestó con la mandíbula apretada.

—Sí que lo hizo. Aquí. —Se tocó la cabeza—. En su mente. Fuiste su último pensamiento.

Aila se apartó con un movimiento brusco y la bruja se dio la vuelta.

—¿Adónde vas?

—Has pedido un duelo sin magia. Déjame que te presente a mi luchador.

Thorik apareció tras un árbol calcinado tiempo atrás por un rayo. Su tronco ennegrecido surcado por una negra espiral de muerte. Avanzó hasta plantarse frente a ella con el hacha en una mano y el escudo en la otra. Traía el torso desnudo, dejando a la vista su musculatura adornada de cicatrices. La baja temperatura no parecía afectarle. La diferencia de tamaño entre ambos resultaba tan patente que Aila se sintió avergonzada. Sin su padre, era él quien le había enseñado a pelear para defender su granja de posibles ladrones. Sabía que no podría vencerle.

La bruja se abrazó a Thorik y paseó las uñas sobre su pecho, posesiva.

—¿No es una lástima cómo te rompen el corazón?

La incomodidad de Aila aumentó cuando lo besó con parsimonia, de forma tan obscena que tuvo que apartar la vista con los puños apretados mientras se mordía los mofletes por dentro, escocida. Golpeó el hacha contra el centro remachado de su escudo para llamar la atención.

—Has dicho que mi padre pensó en mí.

Ella la miró por encima del hombro.

—Sí. No me lo puso fácil. Su corazón se resistió a mi poder. Esos son los más sabrosos. —Se lamió los labios—. Los nobles de espíritu, los que aman con fuerza. Me pregunto cómo sabrá el tuyo, cazadora de lobos.

—¿Y él? —Señaló con la barbilla a Thorik—. ¿En qué piensa él?

—En ti no. —Una risa seca—. Como todos los hombres, solo piensa en sí mismo. En ser rey, en riquezas, en placer... —Se encogió de hombros. Un dolor antiguo, convertido ya en compañero eterno, se escurría entre sus palabras—. Un bocado insípido y aburrido.

El pulso se le aceleró cuando se cernió sobre ella. Repasó el contorno de su boca con un dedo gélido. A continuación, le lamió la mejilla de abajo arriba con deleite.

—Ahora mismo me interesas tú mucho más —le susurró al oído, erizándole la nuca con su aliento.

Aila mantuvo la vista al frente.

—No son las personas las que nos rompen el corazón, sino las expectativas que ponemos en ellas —replicó—. ¿Empezamos ya?

La risa de la bruja sonó a esquirlas de cristal mientras se alejaba. El lobo de mayor tamaño se inclinó para que se sentara sobre su lomo a contemplar el espectáculo.

En cuanto se quedaron solos en el perímetro que marcaba la manada para el enfrentamiento, el hacha de Thorik lanzó el primer ataque. Aila lo paró con el escudo y sintió el impacto reverberar en todo su cuerpo. El siguiente hachazo no se hizo esperar y Aila perdió la cuenta de cuántos golpes y cuántas embestidas aguantó. La primera herida fue en la frente, cuando se cortó con el borde de su propio parapeto vencido hacia atrás. Las siguientes fueron en el brazo, a causa de las astillas que saltaban. Su escudo no aguantaría mucho más.

Thorik había tirado el suyo y Aila consiguió alcanzarlo un par de veces de forma superficial. Apenas le había hecho cosquillas mientras trastabillaba de un lado a otro huyendo de sus envites. Hasta que, sintiéndose cansada y torpe, no la esquivó con la suficiente rapidez y la hoja de Thorik le cruzó la

mejilla derecha. Una lluvia de sangre tiñó el hielo bajo sus pies.

Aprovechando su desequilibrio, una patada a la pierna la tiró al suelo. Se golpeó la cabeza y se raspó la otra mejilla. Logró interponer su hacha para parar la de su rival, que cargaba de nuevo contra ella. Las dos armas quedaron enganchadas en forma de equis.

Con un gruñido, él dio un tirón y ambas salieron despedidas. Con el siguiente gruñido, una de sus fuertes manos se cerró como una tenaza alrededor de su cuello. Mientras la asfixiaba, le golpeó la cabeza repetidas veces contra el suelo. Aila sintió una caricia húmeda reptar sobre su nuca y supo que sangraba. Apenas sintió los puñetazos. Lo único en lo que podía pensar era en que necesitaba respirar mientras parpadeaba intentando librarse de los puntos negros que empañaban su visión. Una orden y de repente todo paró.

Tendida sobre el hielo, vio a la bruja inclinarse sobre ella. Su sonrisa triunfal se transformó en una mueca hambrienta y feroz. Por primera vez, observarla no producía fascinación, solo horror. Su belleza había dado paso a un ser monstruoso. Sus garras le arañaron el pecho, hurgando en busca de su corazón.

Derrotada, Aila cobijó en su mano el cráneo de cuervo que llevaba colgado, regalo de su abuela. Notó su pico afilado. Le pareció sentir que el amuleto estaba caliente y aquello le provocó una sonrisa. El amor de su familia la acompañaba en sus últimos momentos, igual que ella había acompañado el pensamiento de su padre.

No podía saber que, no muy lejos de allí, en su pequeña cabaña, Zuvala, que había pasado la noche en vela interpretando las imágenes que el fuego le ofrecía, sostenía en ese momento su collar gemelo sobre las llamas. Formando un círculo entre las tres, Liv y su madre la acompañaban en sus cánticos.

A Aila el colgante comenzó a quemarle en la mano. Le pareció oír la voz de las suyas rugiéndole en las venas.

Con un repentino movimiento en el que reunió las pocas energías que le quedaban, le clavó el cráneo de pico puntiagudo a la criatura que se cernía sobre ella. Allí donde se había arrancado su propio corazón para cobijar uno de hielo. Su carne maldita chisporroteó como si estuviese ardiendo. El cráneo se puso incandescente y explotó. Las esquirlas de un corazón congelado volaron por el aire.

Roto el hechizo, el hielo se quebró y Aila se hundió en las aguas sin fuerzas ya para moverse.

Un brazo la rodeó.

## VIII

El verano se aproximaba. Era la hora de surcar los mares. La muchedumbre se apelotonaba en el muelle. Aquella primavera, tras los deshielos, un pescador había atrapado entre sus redes el cuerpo decrepito de una anciana.

Entre las muchachas que acudían a despedir a sus hombres, Thorik divisó a una en concreto.

—¡Aila! —la llamó para captar su atención.

Cuando su collar estalló creando una lluvia de ascuas a su alrededor, Zuvala había salido corriendo. Ató una cuerda a un árbol y, lanzándole el otro extremo a un Thorik algo desorientado, le ayudó a salir del lago con su nieta inconsciente en brazos. Avergonzado por sus actos, desde entonces no había vuelto a dirigirle la palabra. Sin embargo, al verla allí sonriente, recordó lo resuelta y bonita que siempre le había parecido y le alegró imaginar que había venido a despedirlo y que a su vuelta la encontraría esperándolo. Pensó que era un buen momento para arreglar las cosas. Antes de marcharse.

—Siento...

Ella negó con la cabeza.

—Tranquilo. No tienes que decir nada. Sé que no eras del todo dueño de tus actos.

—¿Y crees que podríamos...? —Se rascó la cabeza.

—¿Retomar lo nuestro?

Thorik asintió con las orejas rojas.

—Hablamos de casarnos.

Todo guerrero necesitaba una esposa que cuidara la casa en su ausencia y le diese hijos.

Aila lo observó. De niña, su padre le había hecho sentir que estaba a salvo de cualquier peligro. Le encantaba escuchar las historias que le traía después de cada viaje. Thorik siempre se lo había recordado. De nuevo el hombre más fuerte del poblado cuidándola y haciéndole soñar con sus aventuras. En sus brazos recuperaba la infancia que le arrebataron. Sonrió.

—No.

Él fue a protestar y Aila le pidió que le dejara continuar levantando una mano.

—No estoy enfadada. No tienes que darme explicaciones. Pero he cambiado; ahora mis aspiraciones son otras.



Saltó al barco más cercano, que se bamboleó bajo sus pies. Thorik reparó extrañado en que llevaba un hacha al cinto y un escudo colgado a la espalda.

—Ya no soy una granjera que se queda en el hogar aguardando a su esposo. —Se abrazó al mástil. Una cicatriz le cruzaba el lado derecho de la cara, desde la sien hasta la barbilla. Y ella la lucía con orgullo. Gracias a esa cicatriz había salvado a su familia. Esperaba que fuera la primera de muchas. Porque en su convalecencia había tenido tiempo para reflexionar. Había comprendido que no necesitaba que nadie la protegiera. Era mucho más fuerte de lo que creía. Tampoco necesitaba a nadie que le contara historias, porque había decidido vivirlas. Con la mirada fija en el horizonte, el viento le removió el cabello—. Soy una vikinga.

# Nota de la autora

¡Bienvenido al poblado junto al fiordo, lector!

Me llamo Julia De la Fuente, nací en Cuenca (España) en 1995 y desde muy pequeña supe que quería ser escritora. A día de hoy son ya 3 novelas publicadas. ¡Y las que quedan por venir!

Te doy las gracias por el tiempo que has dedicado a leer esta historia y dar vida a sus personajes. Espero que la hayas disfrutado; si es así, no olvides dejar tu opinión en Kindle y recomendarlo a otros lectores.

Si te ha gustado mi forma de escribir y te has quedado con ganas de leer más, puedes encontrarme también tras estas otras páginas...

Una tierra, varios reinos; caballeros, espadas, dioses  
y, por encima de todo, una dama vestida de azul dispuesta  
a cambiar el devenir de la historia.

JUVENIL

JULIA DE LA FUENTE  
HEREDERA  
DE PLATA



La ambición desmedida de un monarca desata la guerra en la hasta entonces pacífica región de Adrastea.

En este mundo de venganzas, traiciones y dolor, protegida tras los muros de su castillo, una joven princesa con alma aventurera y nobles ideales sueña con ser caballero.

Heredera al trono más poderoso de los nueve reinos, la sospechosa muerte de su padre la situará en el centro de una complicada trama de intrigas.

Obligada a abandonar su hogar, Dana tendrá que convertirse en todo aquello que una vez soñó para salvar su vida. Y, en su peregrinar, no podrá resistirse a enamorarse de quien menos debería.

\*\*\*

«El mundo en el que nos sumerge Julia es tan completo que podría vivir en él sin necesidad de moverme. Romance, intriga y batallas, pero un mensaje tan cálido que es capaz de enternecer al corazón más duro».

Laura Tárraga. Autora de ‘El imperio del sueño’ (Nocturna).

\*\*\*

Si os ha gustado Aila, no os perdáis este libro autoconclusivo de ambientación medieval con una protagonista que os la recordará en más de un sentido.

Ya disponible en pre venta tanto en [físico](#) como en [Kindle](#) y, a partir del 22 de abril, en cualquier librería y plataforma. También en librerías de México, Argentina, Perú y Chile. ¡No te quedes sin el tuyo!

JULIA DE LA FUENTE



CORAZÓN  
DE SOMBRAS



**Siglo XVI, París. Una historia de amor imposible queda truncada de forma trágica.**

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero el corazón no olvida.

En la actualidad, un joven lucha por superar la muerte de su madre cuando una misteriosa chica de ojos negros se cruza en su camino. Nunca antes la había visto... ¿o sí?

Con ella, una serie de extraños acontecimientos golpeará su pequeño y tranquilo pueblo.

La chispa del amor no tardará en prender. Pero quien ya se interpuso una vez sigue acechando entre las sombras. ¿Podrá tener en algún momento su historia un final feliz?

NADIE DIJO QUE EL AMOR FUERA FÁCIL Y LA PREGUNTA ES:  
¿QUÉ ESTÁS DISPUESTO A ARRIESGAR?

\*\*\*

«Personajes realistas y cercanos, un estilo cuidado y lleno de metáforas. Julia De la Fuente nos atrapa en una historia paranormal con un toque diferente, donde el amor y las sombras unen pasado y presente».

Sofía Parra, administradora del canal de youtube y el blog literarios ‘Sopa de Letras’.

«La saga *Corazón de Sombras* recupera el estilo de la novela romántica del s. XIX, en una historia llena de giros inesperados, conmovedoras aventuras y experiencias de descubrimiento personal que no podrás olvidar».

María Utrilla, autora de *The Heaven*.

\*\*\*

Si te ha gustado la atmósfera que ha envuelto las aventuras de Aila, no te pierdas este libro de romance paranormal ambientado en un bosque de Galicia donde las sombras acechan entre la espesura.

Ya disponible en [Kindle](#). Si quieres tu ejemplar físico firmado\*, escríbeme a este correo y te lo mando a casa:  
[julia.delafuentemigallon@gmail.com](mailto:julia.delafuentemigallon@gmail.com)



\*La portada en formato fisico es diferente de la que se muestra.

Por último, si quieres conocer más a la autora, puedes encontrarme en estas redes sociales:

Toda la información recopilada en mi [blog](#):



<http://juliadela Fuente.blogspot.com/>

¿Quieres saber antes que nadie en qué proyectos estoy trabajando, mi proceso de documentación o las lecturas que más estoy disfrutando? Todo eso en mi [Twitter](#) y mucho más. ¡No te pierdas los consejos de escritura que suelo compartir!



[@JuliaDlafuente](#)

¿Fotos cuquis de mi día a día como lectora y escritora? [Instagram](#) es tu sitio.

¡No te pierdas los stories en los que regularmente os cuento -con mucho humor o al menos esa es la intención- curiosidades de escritores pasados, filosofía, la Antigua Grecia, Egipto, India... e incluso la fabricación de armas en la Edad Media! Siempre estoy aprendiendo e investigando cosas nuevas y me encanta compartirlas con vosotros.



[julia\\_delafuente\\_](#)

¿Quieres la información clara y concisa de todas las presentaciones y firmas y ver las fotos después? ¡Te espero en [Facebook](#)! No olvides seguir la página para no perderte ningún evento.



[Julia De la Fuente](#)

Actualmente mi canal de Youtube no está en activo por falta de tiempo y porque las stories me ofrecen un formato más cómodo, pero puntualmente sí subiré algún vídeo enseñando las ediciones de los nuevos libros que publique y quién sabe si algo más. Si no quieres perdértelos, [aquí](#) lo tienes.



[Julia De la Fuente](#)

¡Te espero!